

El escritor español en el actual proceso político

Por José Antonio Gabriel y Galán

Una de las pocas cosas que Franco debía tener clara era su aversión a la cultura. La dictadura del ¡muera la inteligencia! fue una opción política conscientemente adoptada, máxime cuando lo que se había derrocado era un régimen —el republicano— cuyo revolucionarismo marchaba sobre todo por el lado de la cultura.

Con seguridad el franquismo sabía algo que las fuerzas políticas actuales parecen ignorar: que la cultura es el auténtico motor del cambio social. Por eso empleó contra ella todas sus energías, en un eficazísimo montaje de autodefensa. La escuela fue secuestrada, la creación prohibida y el pensamiento sustituido por los intereses del oscurantismo eclesiástico.

Buena parte de los protagonistas del esplendor cultural de la etapa republicana habían sucumbido de una u otra manera. Los que aquí permanecieron fueron diezmados, reducidos al silencio y, en el mejor de los casos, cayó sobre ellos la más radical de las sospechas.

Sólo hacia la mitad de los años cincuenta levantan cabeza las nuevas oleadas literarias social-realistas. La dictadura estaba en pleno apogeo y el escritor se debatía dentro de una personalidad peculiarmente esquizofrénica. La creación y la acción política eran los dos obligados polos a los que no resultaba posible sustraerse en aquel marco de opresión y sufrimiento generalizado. Las variantes del "compromiso" iban desde el escritor simplemente testimonial hasta los que relegaron a un se-

gundo plano la creación para dedicarse de lleno a la militancia. La literatura que se hacía era, como se ha señalado repetidamente, combativa y de urgencia. El denominador común se cifraba en un antifascismo patrocinado por el Partido Comunista.

Estos escritores practicaban el optimismo histórico, lo cual no tiene nada de sorprendente. Ya Nietzsche decía, a propósito del mundo clásico, que en los períodos más difíciles, crueles e inestables el alma del griego era optimista, mientras que en las etapas lógicas, normalizadas, utilitaristas y democráticas, se apoderaba de él un talante escéptico, pesimista e incluso trágico. La idea de Nietzsche se resumía en esta pregunta: "¿Fue Epicuro un optimista, precisamente en cuanto *hombre que sufría?*"

El intelectual de izquierdas bajo el franquismo se afirmaba en la convicción de que la historia corría a su favor. Sin embargo, su bagaje ideológico era alarmantemente precario. Se le podía considerar en cierto modo como *amateur* participante en una campaña de alfabetización del pueblo. En este caso, una campaña de concienciación: escribir era para él concienciar.

Una actitud que tiene semejanza con la anécdota que se contaba de Domingo Dominguín. Parece que este hombre, tierno y trágico al mismo tiempo, iba en compañía de un amigo por los campos extremeños en un lujoso automóvil, allá por los años cuarenta. Al pasar frente a los gañanes y jornaleros los insultaban soezmente. Estos se volvían enfurecidos y violentos. Dominguín, mientras apretaba el acelerador, explicaba así su acción: "De esta manera los concienciamos en la lucha de clases".

Me temo que parecida candidez empleaban nuestros escritos en su tarea redentora. Pero al final, como en el fondo no eran gente de acción, el cansancio no tardaría en hacerlas mella. Pronto se convencerían de que valía más un escritor auténtico no militante que un mal escritor militante. Así decidieron potenciar sus vocaciones creadoras y asistir como simples espectadores al bárbaro ruedo ibérico. No fue un paso fácil; para algunos supuso la primera gran renuncia, la primera gran desilusión. Coincidió con la crisis de intelectuales en el seno del PCE. La masiva asistencia al Congreso de La Habana significaría el apogeo y el último gran acto político del grupo.

El desencanto es un sentimiento de efecto multiplicador. Genera distanciamientos, especiales aversiones, acelera los cambios mentales. El grupo se desmembró ya para siempre: unos emigraron, a otros les sorprendió la muerte prematura, algunos se retiraron a unos enrarecidos cuarteles de invierno. Variaron las lecturas y también los puntos de vista. Hubo acelerados cursillos de estructuralismo y lingüística, dejaron que el *nouveau roman* les penetrara disimuladamente. El *boom* latinoamericano comenzaba, bajó la cotización de Machado y



subió la de Cernuda. Y casi todos empezaron a mirar a la política como a un cónyuge culpable y decepcionante. Los partidos, clandestinos aún, habían perdido la magia de otros tiempos. Aún firmaban manifiestos y escritos de protesta, pero ya era sólo un "alibi", como quien avala algo sin estar muy convencido de tener capacidad para hacerlo. Algunos reconocieron que, a pesar de todo, nunca habían sido marxistas. Y es que al fin se había desubierto el gran equívoco: antifascismo y marxismo pudieron coincidir coyunturalmente, pero no tenían por qué ser, en sentido estricto, términos idénticos.

Más tarde se incorporaron nuevas generaciones de escritores y ensayistas. Gentes promocionadas antes incluso de salir del cascarón, que lograron conectar hábilmente con una serie de claves juveniles en boga. No estaban traumatizados por la guerra y sólo tangencialmente habían sufrido las lacras de la dictadura. Les había sido posible adquirir una mayor solidez intelectual, sus lecturas eran más universales y heterodoxas. Su grado de politización resultaba, por decirlo así, más cosmopolita: no hay que olvidar que se consideraban alevines del mayo francés. Reivindicaban, por encima de todo, la apostasía, la utopía, un cierto irracionalismo y un frescor ácrata. Eran la antítesis de los realistas. Y si estos desafiaron a la dictadura, aquellos desafiarían al poder en cualquiera de sus manifestaciones.

Sin embargo, las circunstancias políticas en Es-

paña no tardan en precipitarse. La muerte de Franco es un hecho tan largamente esperado que, cuando se produce, parece sorprender al intelectual desprevenido y esquivo. La clase intelectual española se descomprometió tanto que, cuando le llega la hora de vivir un tránsito objetivamente espectacular, opone al mismo una desconfianza tan demoleadora como insólita. Vive la travesía democrática con un distanciamiento despectivo. Algunos se ragan las vestiduras, no se sabe muy bien si porque añoran un frenesí revolucionario cuando nunca creyeron en la revolución o simplemente porque en su lucha contra el Todo no cabe matización alguna.

Cierta actitud ácrata ha salpicado a buena parte de la clase intelectual española hasta el punto de que el recelo radical se ha hecho moda o norma. El caso es que, aparecida la libertad en nuestro país, el escritor la ha puesto en cuarentena. Tantos años de censura pasada han condicionado, sin duda, esa falta de sagacidad. Y es que la libertad aparece de repente como un reto a la imaginación y ha pillado a más de uno a contrapelo, en vaporoso ejercicio de pereza mental y negación del riesgo.

Se vive, pues, el desencanto del positivismo. El diagnóstico de Nietzsche se cumple certeramente. Al entrar en un período de mayor racionalidad democrática, el intelectual adopta el talante escéptico. Lejos ha quedado el optimismo histórico que generó el dolor de la dictadura. Pero también estamos lejos del imperio de la imaginación.

El nihilismo matizado no sólo dificulta la conexión de la propia obra literaria con la sociedad, sino que también implica una especie de orfandad cultural de efectos imprevisibles. Es cierto que la naciente democracia española no es capaz de generar grandes entusiasmos y que culturalmente el tránsito está resultando decepcionante. Pero la realidad es que en este país la cultura reposa en limbo confuso y desmadejado, y a este fenómeno contribuye decisivamente la desmovilización de la *intelligentsia* española. La insensibilidad con que, en general, observa cuanto ocurre, ¿es una postura conscientemente adoptada o simplemente un síntoma de anemia? La sociedad en estos asuntos es muy suspicaz y a la indiferencia del creador corresponde con la misma moneda.

Los intelectuales sólo parecen movilizarse cuando hay ruptura y cuando ellos mismos han sido protagonistas de los acontecimientos. En el proceso español no ha habido ruptura y, por otro lado, no han asumido ningún papel especial en un cambio político caracterizado por la prudencia y los peligros emboscados. Vale la pena señalar la diferente actitud con que la clase intelectual —protagonista en 1931— acogió el advenimiento de la República y la frialdad con que ha recibido la Constitución de 1978. Y no puede decirse que la Constitución del 31 fuera más avanzada desde el punto de vista político que la actual.





En la etapa presente vivimos sometidos a la teoría de *lo inevitable*. Tiempos dominados por la prudencia, el posibilismo, el pactismo y el consenso, son poco apetecibles para quienes desean la ruptura revolucionaria, la utopía, la tierra quemada o el derrumbamiento del Todo. En este clima, no tan sórdido como algunos catastrofistas de salón pretenden, los partidos políticos de izquierda, ámbito en el que tradicionalmente se mueve la clase intelectual, no pueden sino llevar a cabo su propia contradicción, cual es la imposibilidad de aplicar sus ideologías. Ni los socialistas pueden hacer política auténticamente socialista, ni los comunistas política comunista, etc. El electoralismo parece ser el único campo de acción; fenómeno, por otra parte, similar al de sus homólogos occidentales.

Ante tan adversas circunstancias, resultaría lógico que la izquierda volcara toda su energía en el terreno cultural con objeto de lograr una transformación social por esta vía indirecta y, a la larga, más efectiva. Pero no es así. La ceguera de estos partidos alcanza cotas escalofriantes. Sólo cabe achacarla a una incomprensión básica de lo que significa el fenómeno cultural, como si éste fuera un añadido decorativo, un estrambote superfluo o un simple apartado retórico en las últimas páginas de sus programas. Se diría que de la cultura se ocupan los que no tienen capacidad para otra cosa.

Tanta ignorancia no puede ser producto del azar. Si los partidos españoles se hallan vacíos de contenido cultural se debe fundamentalmente a la

defección de los intelectuales. La incomprensión mutua es un hecho incuestionable. Ciertamente, la dialéctica entre partido y creador es un debate abierto y vigoroso en muchos países occidentales, pero en España la reflexión ha sido sustituida por la táctica del hecho consumado. Aquí no ha habido discusión: el escritor ha dado un portazo y se ha ido sin más. Tanto peor para los partidos y para los propios escritores.

Este divorcio tendrá consecuencias nefastas. Al vacío cultural de los partidos y de la sociedad española en general hay que unir una indudable orfandad de los escritores que tratan de ocultar su aislamiento y dispersión bajo una actitud de mezquina condescendencia.

Nadie aboga en absoluto aquí por la militancia del escritor, cuestión que, a estas alturas, carece de interés. Es sabido que el intelectual sólo milita en los períodos históricos excepcionales. Lo que intento señalar en esta hora es el abismo existente entre el escritor y la realidad político-social, su casi nula participación en el acontecer público y, por tanto, la escasa repercusión de su labor. Quizás nunca en nuestra historia hubo una tan descomunal desconexión, una tan radical ignorancia mutua. Cada cual va por su lado, jactándose de darse la espalda.

Sólo la saturación que producen cuatro décadas de esperanzas tan siempre renovadas como baldías, pueden explicitar la actitud "pasota" (por emplear la terminología popular) de buena parte de los escritores españoles.

¿Qué hacer con la libertad? Es cierto que la libertad no tiene porqué conducir necesariamente a mejores obras artísticas, pero tampoco está conduciendo, aunque resulte sorprendente, a una mayor identificación con el entorno social. El instrumento llamado libertad está en manos del creador, que lo mira, lo remira, no lo reconoce y, como si le resultara algo ajeno, lo deja donde lo encontró y sigue su camino.

España ha cambiado de sistema político, ha entrado en una nueva fase histórica. Pues bien, el escritor no parece haberse enterado; los nuevos tiempos de su país no le sirven para nada, ni ha participado en ellos ni siente el más mínimo deseo de hacerlo. Decía Juan Goytisolo en un reciente artículo que durante cuarenta años los escritores españoles han disfrutado del exaltante privilegio de ser tenidos por criminales. Ya no queda ni eso. Hasta la capacidad de provocación, hasta la carga subversiva en su sentido más profundo, parece haber desaparecido.

La caída en el escepticismo, al modo como lo describiera Nietzsche, debería estar produciendo actitudes hondamente creadoras, renovadoras, ejercicios de la imaginación, apoteosis de nuevas formas. La realidad es que la inercia y el mimetismo más galopante parecen presidirnos hasta el momento.

